

Conocimiento, formas simbólicas y comunicación

Paoli Bolio, Antonio

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/476>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

PARADIGMAS

CONOCIMIENTO, FORMAS SIMBÓLICAS Y COMUNICACIÓN

Antonio Paoli Bolio*

Sistemas simbólicos y formas simbólicas

Nuestro objetivo es entender la organización operativa de las formas simbólicas y sus consecuencias al ser aplicadas a la vida social y a la naturaleza. Cada forma simbólica es un patrón de relaciones inteligibles y constituye una guía que orienta la expresión.

Quizá nuestras preguntas centrales son: ¿Cómo definir operativamente la cultura? ¿Cuáles son los mecanismos centrales que la integran? La cultura es un proceso en el cual se generan y se interdeterminan las formas simbólicas a partir de condiciones de la organización social y la naturaleza. Condiciones que serán transformadas por la acción de los actores sociales al aplicar las formas simbólicas.

Al asumir una forma simbólica adoptamos cierta intencionalidad, y a partir de ella interpretamos y expresamos nuestras relaciones. Mediante la forma simbólica le atribuimos sentido a la naturaleza y a la sociedad. Con el sistema simbólico pretendemos revelar cómo se definen modos de aplicar la intencionalidad, no en tanto es usada por tal o cual individuo, sino como patrón interpretativo asumido en la vida social.

Al asimilar una forma simbólica tendemos a conformar nuestros modos de experimentar y, frecuentemente, nuestros modos de preguntar, entender, argumentar, juzgar, deliberar y decidir. Con la forma simbólica asumimos y adaptamos ciertas normas y cierto imaginario espacio-temporal que se organiza rítmicamente. Podemos decir que las formas simbólicas son la materia prima de la cultura.

* Profesor de asignatura, UIA-Santa Fe.

Cuando reconstruimos teóricamente una forma simbólica hacemos explícito en sus rasgos básicos un modo de experimentar, entender, juzgar y prever las consecuencias posibles de la aplicación de ese conocimiento. Nos movemos entonces en cuatro niveles de intencionalidad. Sin embargo, no todas las formas simbólicas suponen juicio y decisión. Con la música, por ejemplo, nos movemos en los primeros dos niveles: experiencia y entendimiento del patrón rítmico. Si queremos pasar al nivel del juicio tendremos que recurrir al lenguaje y la teoría de la música.

Conocimiento e intencionalidad

El conocimiento humano presupone diversas actividades. A partir de nuestros sentidos experimentamos, nos preguntamos igual que los niños: ¿Qué es esto? ¿Para qué sirve? A partir de nuestras preguntas orientamos nuestra atención, vemos ejemplos, imaginamos...

De pronto captamos un modo de ser. Es decir, después de acumular un conjunto de experiencias y de interrogantes, comprendemos de repente, en un momento, ciertas relaciones, ciertos patrones de articulación. Esta nueva intelección puede no surgir, y cuando surge es una novedad en la vida; al comprenderla relajamos la tensión del preguntar, sentimos el éxito de nuestro entender, transformamos nuestros modos de captar la realidad.

Al entender hemos construido de pronto un puente entre lo abstracto y lo concreto; podemos pensar la realidad más allá de las cosas concretas de las que partimos. Entonces somos capaces de formular, de expresar lo entendido.

Después de estas operaciones fascinantes podemos ponderar la cuestión, asegurarnos de si tal maravilla funciona como instrumento de interpretación del mundo experimentado por los sentidos, *si de veras es así*, si las preguntas anteriores de veras se responden, si no hay nuevas preguntas, si las condiciones para que lo captado sea cierto se han cumplido, podemos juzgar: *sí, así es*, o *es probable que así sea*, o bien, *no, no es así*.

El sujeto busca evidencia y si la encuentra puede asegurarse a sí mismo y asumir la responsabilidad de juzgar. Este afirmar *sí* o *no* ya supone la voluntad del sujeto de afirmar o negar y con ello asumir un

compromiso. El juicio no es una simple consideración, no sólo es un saber neutro, es la expresión de una voluntad de autoafirmarse al definir con precisión y con certeza ciertas relaciones del objeto abstraídas y ordenadas por el sujeto. Para realizar este evento, él debe tener honestidad en el conocer, es decir, no bloquear su inteligencia. Esto es, debe tener un deseo irrestricto de conocer. Podrá basarse en síntesis anteriores, sin embargo, constituye una afirmación personal donde se supone que nos comprometemos con aquello que consideramos cierto.

Desde luego que el juicio estará en el contexto de otros juicios y de otros saberes y después de sopesar los argumentos afirmamos, y esta afirmación, aunque coincida con la de otros, es propia del afirmador. Él, después de confrontar y sopesar los argumentos contrarios, constituye una alternativa, una opción y toma de posición.

El juicio bien realizado supone un silogismo como éste:

- Si A es un ser material y vivo, A es mortal.
- Es así que los hombres son seres materiales y vivos.
- Luego, son mortales.¹

Veamos que nuestro silogismo consta de tres elementos: un condicionado, un nexo entre el condicionado y sus condiciones y el cumplimiento de estas condiciones. El sujeto es quien certifica que esas condiciones se cumplen y cómo se cumplen.

Cuando hacemos una pregunta con base en una propuesta que hemos entendido, y queremos reflexionar a partir de ella para llegar a la certeza, convertimos esa propuesta en un condicionante. En el silogismo anterior primero enunciamos la condición que tiene que cumplirse, por eso partimos del condicional 'Si'; en segundo lugar, señalamos un nexo entre el condicionante anterior y sus condiciones y en tercer lugar vemos que se cumplen estas condiciones.

Cuando un sujeto sigue correctamente estos pasos y realiza un juicio, en principio éste es válido independientemente de él. Su juicio ya es objetivo y patrimonio de la humanidad.

El conocimiento humano necesita de este movimiento reflexivo que, con base en la experiencia y el entendimiento, toma distancia de estas

¹ Bernard Lonergan: *Insight*, Toronto University Press, Toronto, 1992, p. 306.

dos operaciones para juzgar la experiencia concreta y este modo peculiar de entender. Con el juicio se autoafirma el sujeto como conocedor de algo, su personalidad tiende a modificarse y a ganar seguridad y a definir sus significados.²

No es posible entender algo sin haberlo experimentado. Y la experiencia parte del encuentro de nuestros sentidos con las cosas. A partir de esta afectación nos preguntamos. Y al comprender vamos más allá de lo experimentado. Con el juicio creamos seguridad en este modo de entender y en nosotros mismos.

Sin embargo, hay que subrayar que este entender es válido en ciertas condiciones. Por ejemplo, afirmamos que todos los cuerpos caen con la misma aceleración en el vacío. Nuestra condición es el vacío, si fuera cierto en cualquier condición, el vuelo y el paracaidismo serían imposibles. Para entender la caída del paracaidista habrá que tramar una serie de correlaciones más complejas, donde, sin dejar de tomar en cuenta la primera, se incluya la resistencia del aire y otros factores. Entonces comprenderemos correlaciones básicas que operan, en principio, en todas las caídas del paracaidismo. El principio de que todos los cuerpos en el vacío caen a la misma velocidad queda como un principio abstracto que está más allá de una experiencia específica, pero que es base para comprender cualquier caída.

Este niño en el kinder entendió que dos manzanas y dos manzanas son cuatro manzanas. Entonces puede seguir la abstracción que la maestra le presenta, y, de pronto entender que 2 y 2 son 4, independientemente de qué unidades estemos considerando. Partimos de una experiencia, pero estamos más allá de ella.

El entender nos pone por encima de las experiencias concretas, nos da herramientas, formas de relación, para comprender muchas realidades específicas experimentadas a partir de los datos que los sentidos nos aportan. El momento de la intelección supone la fascinación de ir más allá de los sentidos y multiplicar así nuestra capacidad de manejo de los elementos que nos rodean. Digamos que al entender rompemos los límites que la experiencia concreta nos presenta.

Sin datos captados por los sentidos no hay experiencia y el enten-

² El lector encontrará una brillante reflexión de estos temas en los Capítulos X ("Entendimiento reflexivo") y XI ("La auto-afirmación del conocedor") del libro *Insight*.

dimiento no tiene nada que entender. Pero a partir de los datos de la experiencia, el sujeto se pregunta, y el preguntarse supone un conocer y un ignorar a la vez. Es un acto paradójico que me orienta hacia la cosa para conocerla como algo desconocido que quiero conocer. Esa orientación de la voluntad dinamiza el proceso de acercamiento a diversos aspectos de las cosas concretas y de su unidad como un todo.

Con el preguntar podemos nombrar lo desconocido, llamarle X por ejemplo, describir algunas de sus propiedades y relaciones a las que podemos tener acceso. De esta manera metódica puede ser que de pronto entendamos algo que no habíamos entendido antes. Este es un procedimiento heurístico.³

Es importante subrayar que mientras no nos hayamos detenido en la reflexión y hecho un juicio, no podemos tener seguridad. Entonces surgen nuevas preguntas: *¿es bueno? ¿Es valioso? ¿Debe ser así?, o bien ¿conviene a mis intereses? ¿Conviene a mi grupo? ¿Nos traerá el triunfo?* Con estas preguntas deliberamos las consecuencias posibles de la aplicación de lo conocido. No sólo se trata de si es así. Ahora estamos frente a nuestro uso de lo conocido, frente a nuestras decisiones y ante las decisiones de los demás.

Es en este nivel donde definimos y redefinimos el sentido de nuestro conocer. Es aquí donde aparece el para qué de lo conocido. Estamos en el timón de la intencionalidad. Desde aquí decidiremos cómo experimentar, qué queremos entender. Y, muy importante, qué no queremos entender. Normalmente es inconsciente este “no querer entender” ciertos aspectos de las cosas. Y esta dimensión negativa marca profundamente los rasgos de la personalidad individual. Ya sea por proteger los intereses creados de nuestro grupo, por aparentes conveniencias personales, por un deseo de revancha, de apego codicioso, o por cualquier otro motivo, podemos bloquear nuestro entendimiento, limitarlo y generar una tensión interna, una “coraza” con la cual prevenimos ciertos actos de entendimiento, y con ello empobrecemos nuestra comunicación.

Cuando nos detuvimos para preguntarnos *¿de veras es así?*, es porque algún interés nos impulsaba a plantearnos la pregunta. De alguna manera el cuarto nivel es dinamizador de los tres anteriores y,

³ En relación con este proceso heurístico ver el Capítulo II del *Insight*, (especialmente p. 68).

paradójicamente, los presupone porque nuestro conocer está guiado por la intencionalidad y ésta puede ser un compuesto de intencionalidad ajena e intenciones propias.

El niño en el kinder acepta implícitamente la intencionalidad de la maestra, quizá porque quiere verse apreciado por ella, sentir su cariño, aunque aparentemente no tenga idea de la intencionalidad pedagógica que este acto supone.

Hay que subrayar que el conocimiento no es sólo alguna de estas operaciones aisladas, sino el conjunto dinámico de ellas, el cual supone experiencia a través de los sentidos, imaginación, pregunta, entendimiento, formulación y elaboración de conceptos, reflexión, preguntarnos si lo entendido es realmente correcto y entonces realizamos un juicio de hecho. Con base en estos tres niveles de conocimiento podemos deliberar qué es bueno o conveniente hacer. Entonces estamos en posibilidad de emitir un juicio de valor. A partir de este acto le damos sentido a la acción.

Cada una de estas operaciones necesita funcionalmente de las otras. Y una determinada forma de intelección es ya una condición para seleccionar los datos de la experiencia, para condicionarla y dirigirla según cierta intencionalidad.

Esta estructura dinámica es transcultural. Opera en todos los seres humanos. Pero la hemos definido de manera abstracta. En cada contexto cultural se desarrollan modos peculiares de experimentar, imaginar, preguntar, entender, formular, juzgar y deliberar qué consecuencias se siguen de tal o cual uso.

Estos “modos peculiares” son formas simbólicas. Muchas de ellas se generan sin la intención de ser modelos para llegar a juicios objetivos. Si el nexo no es correcto o no se cumplen las condiciones, el juicio no es objetivo. La publicidad, por ejemplo, es una de ellas.

El sujeto tiene que decidir, tiene que optar qué hacer con sus certezas, pues hasta escoger no hacer nada es ya una decisión. Sin embargo, puede adoptar formas simbólicas para hacer *como si* realizara juicios verdaderos. Con esto orientará sus decisiones *como si* estuvieran basadas en juicios fundamentados y desde esta posición definirá sus nuevas experiencias.

El sujeto tiene responsabilidad por lo que experimenta, en un mayor grado por lo que entiende, en un grado mayor todavía por sus

juicios, y aún mayor por sus decisiones que inciden en el medio social y natural.

Hasta sus pensamientos, como generadores de actitudes y semilla de futuras acciones, son ya orientados por su intencionalidad.

Forma simbólica y conocimiento histórico

Al observar la foto digo *Juan está detrás del árbol*. Sé que no está allí Juan, ni el árbol, ni hay detrás porque observamos un solo plano. Esto lo sabe quien observa. Sin embargo, habla *como si* estuviera allí la escena viva y en tercera dimensión. Para entender la foto primero tiene que entender este juego metonímico, en el que habla de la cosa con base en su referencia; en el caso de la foto la referencia es una huella. El observador ve las figuras impresas en el papel y juega a que mirará al árbol y a Juan.

Pongamos el caso de la escritura: leemos un diálogo; nuestros ojos ven tinta y papel. Con sólo 27 letras, punto, coma, acento, diéresis y espacios, representamos multitud de palabras y silencios. Con esta forma simbólica ya parto de una cierta abstracción. Ya no tengo la textura de las voces, los timbres, los gestos de los personajes, sus acentos y la mil y un formas expresivas que acompañan su voz. Se me presentan articulaciones sintácticas. Estoy en el dominio del logos. En nuestra mente creamos las palabras de los dialogantes como voces que hablaran.

Generamos así un modo de experimentar. A partir de este papel escrito, de esta cosa concreta, experimento aquella "realidad". Se trata de un experimentar real, un experimentar las creaciones de mi mente con base en un sistema de mediación.

Mediante la forma simbólica se orienta y condiciona nuestro modo de experimentar, el tipo de preguntas que le formularemos a nuestra experiencia; se condicionan también los modos de entender las preguntas para la reflexión y el juicio, los modos convencionales de tomar responsabilidad por nuestros juicios y nuestros actos.

Sin embargo la vida social le pone condiciones al individuo, a partir de las cuales puede "hacer algo con lo que se ha hecho de él". Le da formas simbólicas y, junto con ellas, normas que hacen posible su

intercambio simbólico con la gente que le rodea. Sólo así es posible insertarse en ámbitos peculiares, en los que se contextualiza el sentido con base en experiencias anteriores realizadas en un proceso histórico. En él se constituyen las pautas que orientan el desarrollo de las formas simbólicas. La aplicación de cada forma simbólica específica transforma abiertamente o sutilmente las orientaciones sociales de ese proceso histórico.

Hablando de la literatura, Jakobson decía que cada obra presupone una evolución literaria, en el mismo grado en que la evolución presupone la obra.⁴ En esta perspectiva se subraya especialmente la necesidad de atender las normas y ver tanto la parte de la colectividad como la del individuo.

Jakobson dijo que precisamente “la experiencia del sistema de normas reales hace posible las expresiones individuales así como las reacciones a ellas”. La obra literaria es por lo tanto un todo integral, pero simultáneamente es una parte componente de una totalidad mayor...⁵

El estudio de las formas simbólicas no puede quedarse en la “inmovilidad de las formas”, pero sí pensar que la forma universal e invariante siempre se aplica históricamente. Esta es una cuestión teórico-metodológica fundamental. A partir de ella es que señalaremos pautas de análisis de la intencionalidad implícita en las formas simbólicas.

Iniciaremos con la formulación de un conjunto de preguntas en cada uno de los niveles de la intencionalidad de una forma simbólica cualquiera.

Experiencia y forma simbólica

¿Cuáles son los condicionantes de la experiencia que el sujeto tiende a adoptar al modelar su pensar y sentir de acuerdo con una forma simbólica específica?

¿En qué contexto espacio-temporal se ubica la experiencia guiada

⁴ Esta declaración apareció en un breve informe sobre el Círculo de Praga en 1935. Citado por Frantisek W. Galán en *Las estructuras históricas y el proyecto de la escuela de Praga, 1928-1946*. Siglo XXI, México, 1988, p. 93.

⁵ *Ibid.*

por esa forma simbólica? ¿En qué ámbito de sentido se tiende a ubicar al aplicarla? ¿Qué tipo de preguntas se tenderán a formular y a evitar ante la mediación de esa forma simbólica? ¿Qué relaciones es probable que capte al adoptar tal forma simbólica específica? ¿Es probable que revise los datos de la experiencia y llegue a un juicio certero a partir de la aplicación de tal forma simbólica? ¿A qué tipo de decisiones se orienta al aplicarla? ¿Percibe las tendencias que asume al adoptar una forma simbólica? ¿Puede entenderlas? ¿Que sentimientos tienden a provocarle?

Desde luego, estamos hablando de la experiencia que la mente se da a sí misma, como si mirara, palpara, oyera. La experiencia va de la mente a los sistemas somáticos. A estas reacciones corpóreas les llamaremos sentimientos. La conexión entre mente y soma es una proyección valorativa. El sujeto aplica la idea de un valor a una realidad, de tal manera que la idea se “concretiza” para la mente como un plan de acción de la voluntad, o como un posible plan de acción. Este mecanismo anticipatorio moviliza el deseo hacia la realización de la idea, o bien el juego de que ese deseo existiera. A este artificio del espíritu le nombraremos aquí sentimientos.

Es en el contexto de la voluntad orientada, del sentir subjetivo. Ante la experiencia de pronto entendemos, y al entender percibimos una nueva potencialidad nuestra, un rompimiento con los límites que nos aprisionaban en las cosas concretas, y la fruición del espíritu se hace corporeidad. Como si celebráramos el éxito de la mente desde la caja de resonancia del cuerpo. Y esto constituye ya una nueva experiencia. Experiencia condicionada también por la intencionalidad y su horizonte valorativo. Ya que la intencionalidad puede construirse de tal modo que limite este sentimiento de plenitud.

Cuando asumimos una forma simbólica que esconde intenciones contradictorias en el campo de la intencionalidad, tendemos a manejar una ambigüedad valorativa donde el *como si* de la forma simbólica presupone experimentar *como si*, entender *como si*, juzgar *como si* y responsabilizarse *como si*. Y esta actitud limita la fruición del descubrimiento de mi potencialidad.

Entendimiento y forma simbólica

¿Qué operaciones tiene que desarrollar el sujeto para entender el juego, el *como si* de esta forma simbólica particular? ¿Qué patrones conceptuales tiene que aplicar necesariamente siempre que emplee esta forma simbólica?

¿Cuáles son las relaciones básicas que el sujeto tiende a adoptar al entender aplicando una determinada forma simbólica? ¿Cómo influye en el sujeto la intencionalidad que esta forma simbólica supone? Es decir, ¿qué tipo de orientaciones y bloqueos es probable que asuma? ¿Cómo se define el espacio y el tiempo a partir de la aplicación del uso de esta forma simbólica?

Este entendimiento tenderá a proyectarse en campos específicos de la actividad social. Quizá ciertos modos de entender podrán ser aplicados por casi todos los miembros de una sociedad, pero, de hecho, determinado grupo la aplica más que otros. De tal manera que el orden social que este modo de entender supone será impulsado más por ese contingente social.

Este entender supone sentimientos asociados, y éstos tienden a influir en la expresión de quienes hayan adoptado esa forma de entender.

Reflexión y forma simbólica

¿Podrá formular el sujeto juicios al aplicar las operaciones propias de esta forma simbólica? En caso afirmativo, ¿qué tipo de juicios tenderá a formular? ¿Cómo tenderá a generalizar? ¿Cómo particularizar?

¿Hay determinados campos temáticos en los que tiende a desarrollarse la reflexión? Si esto fuera así, ¿qué tipo de información tiende a tenerse disponible para considerar, ponderar, matizar, comparar, discernir al aplicar tal forma simbólica?

¿Se requiere de alguna certeza, o simplemente de jugar a que se tuviera una certeza? Quizá en determinado aspecto hay que ser muy preciso y en otros se puede jugar a que se hubiera precisado. Como, por ejemplo, en la publicidad, cuando se habla del lugar en el que se vende la mercancía anunciada hay que ser precisos, y cuando se califica al producto, se puede decir algo tan vago como que "*da categoria*".

¿Con respecto a qué tipo de relaciones se formulan normalmente los diversos tipos de juicios que tal forma simbólica supone?

Deliberación y forma simbólica

¿Cómo podemos definir la finalidad general por la cual se diseña esta forma simbólica? ¿En función de qué tipo de fines se aplica? En el caso de la publicidad, aparentemente es muy claro: el fin es vender. Pero ¿es éste el único objetivo? ¿Podemos afirmarlo? ¿De veras es el principal? ¿Normalmente no existen otros motivos ocultos que sistemáticamente sean perseguidos por el emisor? ¿Cómo condicionan estos ocultamientos la correlación de los elementos simbólicos que normalmente se emplean?

¿Qué género de contradicciones sociales genera la aplicación de una forma simbólica elaborada a partir de una finalidad paradójica?

¿De qué manera se asume responsabilidad según determinada forma simbólica?, o ¿cómo se es responsable convencionalmente según este juego simbólico? ¿Qué valores y qué antivalores presupone? Los actores sociales que entran en relación con base en esta forma simbólica ¿son conscientes del juego múltiple que sus operaciones suponen? ¿En qué nivel? ¿Cómo manifiestan esa conciencia?

Elaborar un modelo para hacer explícita una forma simbólica supone reconstruir una forma de organizar ciertas relaciones y correlaciones tramadas debido a una cierta tendencia intencional, con ella se busca realizar algún valor o conjunto de valores o de antivalores, o bien una combinación de ambos. El objetivo es comprender un determinado modo convencional de experimentar, entender, juzgar y de asumir un cierto género convencional de responsabilidad de los sujetos y los grupos que adoptan tal forma simbólica.

El modelo puede tener por objeto la disquisición de una forma simbólica invariante, como la gramática universal del lenguaje, o una forma simbólica histórica, que siempre es una aplicación peculiar de alguna forma simbólica invariante.

Será fundamental elaborar sistemas simbólicos que operarán como "*tipos ideales*" que nos permitan reconstruir sistemáticamente las formas simbólicas.

La noticia periodística como ejemplo

La noticia parte de un contexto del Estado moderno, donde el poder político y económico requieren ser formalmente legitimados a diario. Para lograrlo necesitan de diversos mecanismos: mostrar su ejercicio como causa del bien ciudadano, señalar que sus actos están apegados a derecho, ejemplificar la adhesión social a su causa, hacer notar sus simpatías.

Desde luego los periodistas tenderán a desafiar a los políticos, cosa importante si quieren atraer la atención del público, pero los estudios prueban que esto es bastante más común cuando los personajes públicos han caído en desgracia y menos frecuente cuando conservan aún su aura de poder.⁶

Desde luego que la noticia no puede pensarse sólo como una extensión del discurso del Estado para legitimarse. Pero ésta parece ser su función primordial y estructurante, la finalidad básica por la que se estructura la intencionalidad implícita en el mundo de la noticia periodística.⁷

Es común que la difusión de noticias se financie debido a un objetivo primordial: legitimar o ilegitimar los actos del poder político y económico. Tal vez la función clave de la noticia política constituye una forma de simbolizar el éxito, real o posible, de las gestiones de una administración por lograr la resolución de la tensión social.⁸

Una buena teoría de la noticia y del periodismo tendrá que partir de

⁶ Ver Ralph Negrine: *Communication of politics*, SAGE Publications, London, 1996, pp. 165-166.

⁷ Al plantearse los problema de la comunicación política y la prensa, Blumler y Gurevitch señalan que el sistema da una posición privilegiada a las emisiones del poder establecido. Por otra parte, los líderes de la política tienen que amoldar sus mensajes a las disposiciones controladas por los periodistas. Las necesidades de la audiencia deben ser "relegadas al asiento trasero en el carro de la comunicación política". Y la gran mayoría de las noticias políticas adoptan patrones recurrentes, las nuevas situaciones políticas "caen rápidamente en los viejos moldes simbólicos".

Ver Jay G. Blumer y Michael Gurevitch: *The crisis of public communication*; Capítulo 3: "Politicians and the press: an essay on role relationships", Routledge, London, 1995.

⁸ Ver Murray Edelman: *The symbolic uses of politics*, University of Illinois Press, Urbana, 1964. Según este autor, la función clave de la simbolización en política es inducir sentimientos de bienestar: la resolución de la tensión no sólo es una tendencia reguladora clave de la publicidad en política, también constituye una función capital de la administración. (Ver Capítulo II: "Symbols and political Quiescence").

una teoría del Estado moderno en general y de su necesidad cotidiana de legitimación. A partir de la clarificación de estas tendencias del Estado moderno es posible aproximarnos a una abstracción de las condiciones generales que orientan la intencionalidad estructurante de la forma simbólica noticiosa.

Las noticias que encabezan las primeras planas de los periódicos del mundo normalmente se refieren a los actos de los representantes del poder político y económico.

El tiempo de la noticia se estructura según los antecedentes y consecuentes que los redactores de noticias atribuyen a esos actos. El espacio narrado en la noticia política está demarcado, al parecer en la gran mayoría de los casos, por la ubicación física de los gobiernos y su movilidad en la geografía.

En la noticia, las ciudades sede del poder son las claves de la geografía. Son los referentes principales del espacio. Los otros asentamientos humanos normalmente no se mencionan, a no ser que los poderosos se ocupen de ellos. Si acaece una catástrofe, el reportero señala el problema e inmediatamente después escribe sobre los recursos que los centros de poder destinaron hacia el lugar “declarado” zona de desastre. Desde esta perspectiva se ve el planeta como un conjunto de relaciones entre esos centros. Se presenta la geografía como geopolítica. Así se construye el principal imaginario espacial de la noticia.

La espacialidad necesariamente se refiere al medio ambiente. No puede haber juicio ni valoración sin referirnos a él. Pero el medio está de antemano compartimentalizado, como dibujado; se trata de un “espacio pictórico” como lo ha llamado Santayana.⁹ Siempre lo percibimos con un centro integrador. Somos libres de ponerlo aquí o allá. Y es a partir de la centralidad que vemos el arriba, el abajo, izquierda, etc. Es la clave de nuestras referencias. Pues bien, en la noticia política el centro se mueve con los movimientos de los representantes de la administración del Estado.

Al remitir al tiempo se tenderá a referir a la historia del poder político. Los antecedentes de la acción suelen subrayar la importancia del

⁹ Ver George Santayana: *Los reinos del ser*, Segunda parte, Capítulo IV: “El espacio pictórico y el tiempo sentimental”, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

evento: por ejemplo, un acto a partir del cual se conmemora o se inaugura una nueva etapa histórica. El acto político se reviste así de un carácter de trascendencia.

Este imaginario espacio-temporal tiende a imponerse como un modelo importante para percibir y representar el espacio y el tiempo en nuestra cultura. Este modelo espacio-temporal es posible porque se inserta en el contexto de un cierto desarrollo histórico-social.

Con la invención del reloj empezamos a separar al tiempo del espacio. En la sociedad tradicional anterior a los relojes las relaciones temporales se hacían con referencia a los movimientos visibles del Sol, de la Luna, de los recorridos en la geografía conocida y estructurada según diversos factores, como son los usos del suelo, las fronteras, la orografía, la hidrografía y muchos otros factores que señalaban límites de nuestra mirada y de nuestro andar. Con el reloj estas experiencias del tiempo van dejando de ser necesarias y frecuentemente dejan de operar. Ya no necesariamente están concretadas vívidamente en la experiencia espacial de terruño. La organización del tiempo remite al movimiento de un preciso tic tac. En este contexto la duración no está fincada en nuestra experiencia individual.¹⁰

El tiempo va siendo ajeno a los espacios y los movimientos locales de la vida diaria. Entonces se hace posible insertar una experiencia completamente diferente a los movimientos y los recorridos de nuestro cuerpo. Los eventos noticiosos se realizan en otra dimensión, donde el tic tac, mundializado ya, pareciera regir un tiempo de todos. La industria, el comercio, la escuela, los medios de difusión y todo ese complejo innumerable llamado modernidad parece regir sus tiempos por esa universalizada manera de fabricar la duración.

El emisor entra paulatinamente a un imaginario espacio-temporal que comparte con el mundo de la modernidad. En ese imaginario se inserta la noticia. La duración y la locación múltiple de la política se ubican en esa dimensión. Normalmente para experimentarlos no me traslado allí, experimento a través de la codificación de los medios.

¹⁰ Este concepto está tomado del artículo de Nick Stevenson: "Globalization, National Cultures and Cultural Citizenship", en *The Sociological Quarterly*, Vol. 38, No. 1, University of California Press, 1997. Stevenson remite a diversos trabajos de Anthony Giddens, como son *The consequences of Modernity* (1990), *Modernity and Self-identity: Selfand Society in Late Modern Age* (1991), *Beyond Right an Left: the future of Radical Politics* (1994).

Dependo de ellos y traigo las referencias noticiosas a mis ámbitos de sentido.

Las formulaciones de la noticia periodística precisan intervalos de tiempo y ordenan la conciencia de la duración y, por tanto, la experiencia del tiempo social, referida a los momentos y los límites temporales de la vida política. Esos límites se constituyen al demarcar los procesos “importantes” de la sociedad.

El tiempo en nosotros parece como “la ausencia anterior de algo ahora dado, y la conciencia de la presencia de algo ahora ausente”¹¹. Pues bien, la noticia no deja que esa ausencia se imponga, ya que pareciera decir, con ritmo siempre apremiante: *Lo importante sucede ahora, antes no existía y ahora allí está, lea usted lo que mañana será historia.*

El hecho noticioso se nos presenta como lo importante del día. Se trata del evento que moviliza grandes masas de capital y de gente. Así la prensa pretende hacernos experimentar “lo importante”, “lo actual” y nos ofrece una manera de entender el espacio y el tiempo.

Con base en estos elementos, se me presenta un ámbito de sentido y un contexto de legitimidad para entender la vida política, económica, deportiva, catastrófica. También constituye un modo de entender cotidianamente esos tipos de “hechos” al reiterar las mismas relaciones frente a los acontecimientos considerados como “importantes” de cada día.

Los juicios de la narración noticiosa subrayan hechos, y tácitamente muestran qué es lo importante, lo actual, lo objetivo referido a las acciones de los representantes del Estado o del poder económico en tanto que eficientes, buenas, provechosas. Sin embargo, las estrategias de presentación de los redactores de noticias frecuentemente no admiten juicios de valor explícitamente formulados sobre estas cuestiones. Suelen presentar bases para que otros valoren.

Los juicios explícitos de valor se realizarán principalmente en los artículos editoriales. El juicio más común apuntará a la legitimidad o ilegitimidad de los actos del poder político y económico.

Los actos de los gobiernos, al ser narrados según los patrones noticiosos, tienden a verse como grandiosos. No sólo por los recursos que

¹¹ Ver George Santayana: *Op. Cit.*, p. 27.

manejan y por las consecuencias sociales que implican, sino porque mágicamente se presentan como los productores del tiempo de los eventos “importantes” y los articuladores del espacio. Esto nos lleva automáticamente a una dimensión mítica, que parece ser clave en la intencionalidad noticiosa.

La presentación del sistema simbólico noticioso supone explicar modos de legitimación que los Estados modernos auspician para mantener sus estructuras de dirección y dominio. Las referencias al poder se presentan cotidianamente. Todos los días aparecen los periódicos, que se convierten en documento clave para desplegar un discurso diario de noticias en los otros medios masivos. Esto ya es base de uno de los ritmos importantes de la vida cotidiana del mundo moderno, con el cual definimos un modo de definir el significado de los actos políticos, y con ello se establece una forma de influencia sistemática en la ecología cultural.¹²

Utilizar una forma simbólica es adoptar provisionalmente una forma de experimentar, entender, juzgar y decidir. El ser humano se expresa a través de diversas formas simbólicas a lo largo del día, tanto en la vigilia como en el sueño. Algunas de ellas le son preponderantes en su vida y otras parecen importarle menos. En un periodista y en un político las noticias tendrán un peso muy fuerte, quizá mantengan su mente ocupada con ellas durante 60% o 70% del tiempo de su cotidianidad. Tal vez sus esposas sólo ocupen 5% de su tiempo en la aplicación de ese sistema. Ellas usarán otras formas simbólicas la mayor parte del día. La vida social tenderá a ser experimentada, entendida, juzgada y valorada de manera muy distinta por los unos y por las otras.

Si nuestro político y nuestro periodista llegaran a una comunidad indígena apartada, que no hubiera asimilado los patrones noticiosos, probablemente tuvieran problemas para darse a entender, aun mayores que los habidos con sus esposas.

La adopción de una forma simbólica se parece un poco al de un programa informático. Posibilita captar ciertos tipos de datos que au-

¹² Entenderemos ecosistema cultural como el conjunto de ritmos y relaciones que influyen en la naturaleza y la sociedad como resultado de la acción histórica del ser humano. A estos ritmos y modos de interacción de las personas y los elementos de la naturaleza los llamamos culturales, en tanto son producto de las formas de relación que los actores sociales proyectan.

tomáticamente se correlacionan de ciertas maneras. Hay sus diferencias, claro. Una de ellas es que las computadoras no tienen dimensión afectiva, ni sentido de trascendencia, ni la capacidad de adoptar ritmos tan variados como el ser humano puede hacerlo. La computadora procesa sistemas, pero no en calidad de formas simbólicas.

Al aplicarse por la mente humana las formas simbólicas inmediatamente producen sentimientos y vivencias. Con ellas se propicia la alteración de las condiciones psicosomáticas del emisor y del receptor; esto propicia la adopción de ritmos peculiares, desde los cuales se asume la fuerza de los símbolos.

Parece claro que las formas simbólicas son complejas fórmulas a partir de las cuales seleccionamos datos y presentamos interpretaciones. Sin embargo, lo normal es que ostentemos esas interpretaciones como “la realidad” misma. Por eso propician normalmente diversos géneros de mitos.

Las construcciones mitológicas normalmente implican formas de concebir el espacio y el tiempo que se presentan como “concretos”, es decir, como dimensiones objetivas. Sin embargo, hay que partir de la idea de que toda definición espacio-temporal se ha generado en función de alguna intencionalidad y se organiza como contexto rítmico en el que puede definirse el significado de la acción. Entender esa intencionalidad específica es básico para explicarnos por qué se han definido tales formas de percepción y creatividad.

Esto nos ubica frente a un problema histórico. Pero la historia aquí no puede entenderse como reseña de los intereses políticos. La intencionalidad está enraizada en estructuras sociales en las que estos intereses están basados.

Las formas simbólicas invariantes están más allá de las ideologías políticas y desde luego muchas formas simbólicas históricas también. La noticia es un claro ejemplo: izquierdas y derechas la emplean como uno de sus instrumentos de lucha por el poder, con lo cual definen modos similares de percibir el espacio, el tiempo y la legitimidad. Así las ideologías políticas suelen moverse en la superficie de los problemas de la historia.

La escritura de la noticia

Cuando analizamos la escritura del narrador de las notas de primera plana de los principales diarios del mundo, sus estilos suelen ser similares. Su lenguaje se dirige directamente a los hechos. Pareciera un discurso ajeno a la subjetividad y relativamente estandarizado.

La escritura permite mayor integración entre sus partes, no posee la ingente variedad de partículas significantes del lenguaje hablado. Sólo mediante el escrito es posible una codificación tan definida y repetible en mundos tan diversos como aquellos en los que aparece la noticia.

El lenguaje hablado tiene por lo general muchas referencias a la primera persona, más procesos mentales propios del hablante, como “*quiero decir*” o “*tú sabes*”, más vaguedades como “*de una cierta manera*”. Sus signos externos son más de interacciones, de acciones interpersonales.¹³

La codificación noticiosa, cuya finalidad es ofrecer la imagen de objetividad y alta precisión, no podría depender del lenguaje oral. Incluso el lenguaje de las noticias de la radio y la TV requiere de una referencia constante a la lectura o a la palabra escrita.

En la escritura de la noticia hay que distinguir por lo menos dos estructuras notablemente diferentes: la escritura del narrador y las citas de los personajes a los que les da la palabra, en ellas la escritura simula con frecuencia los procesos expresivos del hablante.

La escritura del redactor de noticias se contrasta con el lenguaje de quien cita. Se presenta como una ventana desde la que el espectador puede mirar. Como si el receptor fuera testigo directo que observa sin la intermediación del narrador. Son relativamente raros los adjetivos calificativos, las tomas expresas de partido. Se va formalmente “a los hechos” como si éstos hablaran por sí solos.

La acción por lo general se refiere con verbos en tiempos perfectos: “El presidente dijo...”, “el ministro señaló...” Aquí el pasado es nítido, cerrado, sin duraciones que pudieran ser muy largas. No “amó”. Pocas veces se usa “hubiera querido”. Los tiempos se usan en lo que

¹³ Ver M.A. K. Halliday: “Spoken and Written Modes of meaning”, en el libro *Comprehending oral and written language*, editado por Rosalind Horowitz y Jay Samuels, Academic Press, San Diego, 1987, p. 67.

se ha llamado “carácter puntual del pretérito”. Se presentan acciones momentáneas. El lenguaje de la noticia prefiere estas formas verbales por su precisión. Lo momentáneo designa una duración tan breve que tiende a cero.¹⁴

Normalmente se expresan acciones que podrían verificarse frente a cualquier observador que estuviera allí en ese momento. Se señala lugar fecha y frecuentemente hora.

No hay lugar para ambigüedades literarias. El reportero tiende a precisar, a subrayar. El se compromete tácitamente a decir estrictamente lo sucedido en esa escena específica.

Desde esta escritura con muchísima frecuencia se le da la palabra al político. Éste, en contraste, suele usar un lenguaje ambiguo donde muchas veces amenaza sin amenazar, promete sin prometer. El político puede decir: “el camino ha sido difícil, los enemigos asechan”. Y uno no sabe quiénes son los “enemigos”, ni de cuándo a cuándo sucedieron los hechos.

La escritura del periodista se viste así de precisión a fin de formular una convención en la que se representan los valores de “objetividad”, “exactitud”, “imparcialidad” como algo logrado.

Se nos define así un verosímil donde se apunta a ciertos tipos de datos y la forma de presentarlos para condicionar la experiencia, los modos de entender nuestro entorno y el mundo de la política en particular.

Detengamos aquí nuestro ejemplo para pasar a la reflexión en torno a la forma simbólica como sistema, como sistema simbólico que construimos para estudiarla.

Las tareas para reconstruir formas simbólicas mediante sistemas simbólicos

Desde nuestra perspectiva, plantearse la organización de la cultura supone señalar órdenes en los cuales tienden a desarrollarse formas simbólicas y correlaciones recurrentes de formas simbólicas, a fin de comprender sistemas simbólicos y sistemas de sistemas simbólicos.

¹⁴ Ver José G. Moreno de Alba: *Valores de las formas verbales en el español de México*, UNAM. 1978. pp. 46 a 50.

Partamos del ejemplo del lenguaje.

El lenguaje hablado, la escritura, la novela, la noticia periodística, el poema son formas simbólicas. La escritura se desarrolla con base en la lengua e influirá notablemente en la lengua hablada; los otros tres suponen reglas de toda escritura y normas estructurales propias de cada uno de estos géneros; a su vez, se desarrollan diversos subgéneros, como por ejemplo la novela del realismo mágico latinoamericano, que también puede tratarse como una forma simbólica peculiar, en la cual se aplicarán los cánones propios de la novela en general, además de sus rasgos *sui generis*; también podemos hablar de algunas novelas de García Márquez, inscritas dentro de ese realismo mágico. Es posible elaborar una forma simbólica propia de esas novelas y una forma simbólica propia de alguna de ellas, como *Cien años de soledad*. Y *Cien años de soledad* seguirá pautas de la lengua, de la escritura, de la novela en general y del realismo mágico, pero tendrá características estructurales exclusivas.

Las formas simbólicas se articulan en cadenas de este tipo. De tal manera que hay una forma simbólica de la lengua en general. Muchos autores, especialmente Noam Chomsky, le han llamado "*gramática universal*". Un idioma específico es otra forma simbólica conformada históricamente, como el maya de Yucatán, por ejemplo; otra es una variación dialectal de una localidad que habla esa lengua; otra más es la lengua propia de una persona, como la del señor Felipe Cohú Chi del pueblo de Izamal. La definición propia de la lengua de don Felipe se define con base en las normas invariantes de la gramática universal, pero también se articula con referencia a todas las otras formas simbólicas de la cadena anterior; y este señor añade pautas propias de su expresión personal, que constituyen también una forma simbólica.

La aplicación de una forma simbólica supondrá entonces algo propio del sujeto que la aplica y diversos niveles de formas socializadas a lo largo de un proceso histórico.

La gráfica en general es una forma simbólica, la gráfica en plano otra, la pintura, la caricatura, la fotografía son también formas simbólicas. El rito, el rito religioso, la misa católica, la misa celebrada en tal comunidad por tal sacerdote, constituyen otra cadena de formas simbólicas.

Nuestra hipótesis central es que la comprensión de una forma simbólica, supone referirla a una formalización de la estructura dinámica

de operaciones propias del conocimiento humano. Esta estructura dinámica se expresa *mediante* formas simbólicas invariantes tanto como *mediante* formas simbólicas históricas. Si queremos explicar la formación de una forma simbólica histórica tendremos que referirnos a la ecología cultural, como a la intencionalidad histórica a partir de la cual se genera.

Las cadenas de formas simbólicas se estructuran y se desarrollan a partir de alguna forma simbólica invariante, de acuerdo con diversas intencionalidades histórico-sociales.

Toda cultura desarrolla de manera *sui generis* diversas cadenas de formas simbólicas. Podremos avanzar en la comprensión de una cultura si conocemos las conformaciones históricas de sus cadenas de formas simbólicas básicas, desarrolladas a partir de principios y normas invariantes, para lo cual necesitamos comprender por lo menos ocho cuestiones básicas:

1) Una formalización de la estructura dinámica e invariante del conocimiento humano que supone operaciones básicas en diversos niveles, donde cada uno supone el responder ciertas preguntas como las formuladas anteriormente, con base en las cuales nos orientamos hacia los otros niveles. Y cada conjunto de operaciones en un nivel se interdetermina en conjunto con la estructura total.

2) Una formalización de la forma simbólica invariante en el que se basa todo un conjunto de cadenas de formas simbólicas de un determinado género. Lo cual supone conocer su finalidad general, los principios y normas de articulación interna básicos y necesarios para su funcionamiento.

3) Identificar las cadenas fundamentales de formas simbólicas desarrolladas al interior de una cultura a partir de cada forma simbólica invariante y justificar que son realmente fundamentales.

4) Precisar la intencionalidad propia de cada forma simbólica considerada como orientadora de ciertos modos de experimentar y con mucha frecuencia también como modos de entender, de orientar la reflexión para el juicio de hecho y la deliberación para el juicio de valor.

5) Presentar modelos de interdeterminación entre las formas simbólicas.

6) Mostrar cómo el sentido codificado en cada forma simbólica

específica presupone el desarrollo de una orientación que tiende al misterio o al mito.

7) Elucidar cómo la forma simbólica se aplica en un ámbito de sentido y en un contexto de legitimidad.

8) Describir cómo la adopción de una forma simbólica presupone la elección de normas éticas, morales y en muchos casos jurídicas.

9) Mostrar cómo esta aplicación impulsa un ritmo que se proyecta en la vida psíquica de los sujetos y a través de ellos tiende a modificar el ecosistema cultural.

Frecuentemente podemos hablar de intereses específicos que impulsan la creación y la realización práctica de la forma simbólica en cuestión. En el caso de las formas simbólicas invariantes tendremos que hablar de tendencias generales de la mente humana; en el de las formas simbólicas históricas tendremos que añadir una reconstrucción de la intencionalidad de algún contingente social como elemento clave que orienta su construcción y su aplicación.

Al precisar la finalidad podemos comenzar a comprender y a imaginar normas que una determinada organización social asume para lograr ciertos fines. Surge entonces una ética asociada a esas normas, un contexto de legitimidad en el que es posible aplicarlas.

La legitimidad será siempre un elemento clave al aplicar las relaciones de una determinada forma simbólica histórica. Una enunciación adquiere sentido al comprenderse el contexto de legitimidad en el que es aplicada.

La perspectiva del sistema

Un coche opera con muchos sistemas: de combustión interna, de generación y distribución eléctrica, de frenos, de enfriamiento, etc. Podríamos decir que el sistema del coche tiene diversos subsistemas que se ponen unos en relación con otros para hacer posible el traslado de las personas que viajen en él.

En la perspectiva del sistema tenemos que contemplar una totalidad abstracta. Es decir, tenemos que comprender el conjunto de los subsistemas que hacen posible la realización de los objetivos que le atribui-

mos al coche. Esto no sólo será referido a este vehículo de motor de combustión interna, sino a todos los de su género, aunque pudiera ser que en algunos de ellos varíen ciertos subsistemas.

Si comparamos cada coche en particular, siempre encontraremos diferencias entre uno y otro. Pero cuando hablamos de su sistema nos referimos a una misma entidad abstracta. El sistema es el ordenamiento de un proceso en relación con un fin, no es un cuerpo de elementos, aunque está referido a elementos que pueden abstraerse o especificarse.

Si pensamos en los sistemas de producción de energía eléctrica mediante una turbina, encontraremos principios comunes a los generadores movidos por aire, por agua o por motores de combustión interna. Podemos así comprender pautas comunes y diferencias específicas. Algunos de sus elementos y de sus relaciones las consideraremos iguales.

Nuestra comprensión supone sistemas iguales que se aplican de manera distinta en realidades concretas. Supone también sistemas iguales que se aplican a temáticas diversas.

Es claro que un mismo tipo de operaciones matemáticas puede aplicarse a diferentes clases de problemas. Así también, las teorías del juego, las operaciones cibernéticas, las estructuras lógicas y otros sistemas abstractos, pueden aplicarse a diferentes campos.

Esto ha hecho pensar a diversos autores que una teoría general de los sistemas podría guiar hacia una integración de las diversas ramas de la ciencia.¹⁵

Se trata de modelos formalizables a partir de los cuales describimos y atribuimos racionalidad a un proceso. Es decir, presumimos una finalidad que nos permite explicarnos el porqué y/o el para qué de un determinado evento.

Niklas Luhman usa el concepto de "clausura operacional", que presupone la "autorreferencialidad" del sistema. Esto no presupone que el sistema sea ajeno a causas o al entorno, sino que cada aplicación del sistema se basa en determinadas relaciones del sistema mismo y no de la realidad exterior.

¹⁵ Ver Ludwig Von Bertalanffy: *Teoría general de los sistemas*, Cap. II, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Sólo los sistemas operativamente cerrados pueden constituir una alta complejidad propia, la cual puede servir para especificar bajo qué aspectos el sistema reacciona a las condiciones de su entorno, mientras que desde los demás aspectos se puede -permitir indiferencia gracias a su autopoiesis.¹⁶

El concepto de “autopoiesis” lo toma de Humberto Maturana, que en su libro *Biología de la cognición* los considera sistemas que producen por sí mismos sus propias estructuras y, a partir de ellas, sus operaciones peculiares se producen mediante una lógica coherente con el funcionamiento de todo el sistema.

Las observaciones de Luhmann nos han dado luz para contemplar la interacción de los sujetos con el entorno desde sistemas específicos, que tienen la cualidad de ser producidos con una razón y una lógica propias a partir de la cual se interpreta y se modifica el entorno cultural y material.

Nos interesa subrayar que si bien la “autopoiesis” supone la auto-producción de sus propias estructuras, estas estructuras se basan en un medio y sus recursos. Al conformarse y operar modifican el entorno y son generadoras de sus propios ámbitos.

Cuando nos planteamos comprender un sistema, nos estamos preguntando cómo surge y cómo modifica su entorno, y, consecuentemente, cómo es modificado por los elementos que transformó al constituirse. Pero sobre todo cómo funciona.

Cuando hablamos de una forma simbólica histórica, nos referimos a una cierta manera de aplicar la intencionalidad, a partir de la cual se adoptan modos peculiares de modificar la conciencia de un contingente humano. Es decir, de modificar la forma de estar presente frente a sí mismo y frente a la sociedad. Por consiguiente, un sistema simbólico desarrollado para estudiar una forma simbólica histórica tiene que ser, paradójicamente, a la vez cerrado y abierto. Es cerrado en tanto podemos señalar operaciones que constituyen a la forma simbólica, basadas en la estructura dinámica del conocimiento humano y en alguna forma simbólica invariante, y es abierto en la medida que la intencionalidad estructurante no haya sido reorientada por los actores sociales.

¹⁶ Niklas Luhmann y Raffaele De Georgi: *Teoría de la sociedad*, coedición de la Universidad Iberoamericana, la Universidad de Guadalajara y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. México, 1993, p. 41.

La forma simbólica histórica no es explicable a partir de sus relaciones interdeterminantes solamente. Desde luego este es un paso clave pero se requiere de la intencionalidad que impulsa esas relaciones y del medio en el que pueden operar para no sólo comprenderlo sino también para explicarlo.

Como veremos más adelante, una forma simbólica histórica se convierte en un conjunto clave de correlaciones para definir la relación social y conformar una ecología cultural.

No obstante, la forma simbólica específica tiene límites. No puede operar en todos los ámbitos de sentido de la vida social. La noticia o la publicidad, en principio, no pueden operar en el contexto del rito religioso o del discurso político, aunque se haga noticia de esos eventos y se usen técnicas publicitarias para atraer hacia ellos la atención.

La formalidad teatral de la forma simbólica requiere de ciertas parsimonias para tener eficiencia simbólica. Y aunque de hecho las formas simbólicas se interdeterminan, hay que considerarlas también en sí mismas, en su propia "autopoiesis".

Se impone pues una doble perspectiva: hay que ver cada forma simbólica en sí misma y también hay que plantearnos el sistema de todas las formas simbólicas. Eso parece imposible, si no es mediante una proyección heurística. Es decir, tendremos que asumir que nuestro esbozo de sistema de las formas simbólicas es tan sólo una presentación esquemática y que habrán muchísimos hechos fundamentales con los cuales tendrán que surgir nuevas preguntas y éstas nos llevarán a nuevas formas de integrar nuestro sistema. Y casi seguramente habrá que rehacerlo del todo.

Ante este panorama, el estudio de la cultura como totalidad en proceso de transformación tendría que ser un conjunto de normas metodológicas y principios mediante los cuales se correlacionan los sistemas simbólicos, tanto desde un punto de vista teórico general como desde un punto de vista histórico.

El sistema simbólico es el intento de reconstruir las operaciones regulares de una forma simbólica y de hacer explícito su carácter de sistema. A fin de lograr este objetivo, no solamente partiremos de las operaciones, sino también de la orientación intencional dada por un sujeto o conjunto de sujetos al tomar la decisión de generar un determinado sentido social. Debido a esa decisión se produjo y se aplicó tal

forma simbólica particular. De tal manera que la autorreferencialidad es dúplice.

La decadencia histórica con frecuencia consiste en que la intencionalidad de los grupos hegemónicos no se acepta del todo por grandes contingentes de la población, y por tanto las operaciones simbólicas que prescriben pueden aceptarse en un ámbito de sentido y rechazarse en otros. (Piénsese en los indios mesoamericanos que adoraban a sus ídolos escondidos en los altares de la iglesia católica).

La cultura, entendida como interdeterminación de las formas simbólicas, debiera poderse estudiar como sistema de sistemas simbólicos interdeterminantes. ¿Qué orientaciones de la intencionalidad hacen entrar en correlaciones sistemáticas a las diversas formas simbólicas que conforman una cultura?: ¿la lucha por la hegemonía política?, ¿la conquista del territorio?, ¿la prédica religiosa?, ¿la defensa contra un enemigo común?, ¿la acumulación de capital?, ¿la expansión comercial? Cualquiera de estos impulsos habría que caracterizarlo como tendencia; y explicar de qué manera son motivos por los cuales se logra articular a una formación social en cuya lógica se pueden justificar teóricamente ciertos modos de generación de formas simbólicas y ciertos modos de correlación entre ellas.

Una vez dado este sistema de creación, adopción y correlación de formas simbólicas estudiadas, o estudiables como sistemas simbólicos, podemos definir a la cultura de un determinado contingente humano como un todo.

En este trabajo, aunque abordaremos las condiciones macrosociales del desarrollo de la cultura, nos mantendremos más cerca de la construcción de los sistemas simbólicos y su aplicación en ámbitos de sentido y contextos de legitimidad.

Los sistemas simbólicos, los ámbitos de sentido y los contextos de legitimidad

El sujeto se ubica para percibir. Está en una arena política específica o sueña dormido mientras escucha una melodía, o lee un cuento fantástico, o participa en un rito sacro, o está en su laboratorio. Cada uno de estos ámbitos suponen determinadas prácticas asociativas que

estructuran la captación y la creatividad. El emisor de símbolos necesita contexto para definir el sentido de lo que expresa.

El sujeto adapta cada forma simbólica al ámbito específico de la psique o de la sociedad en el que decide interpretar o expresar determinadas relaciones. Puede ser que se exprese en un ámbito o bien que pretenda hacer llegar su expresión a varios ámbitos.

Según Alfred Schutz, nuestra percepción del sentido se elabora desde ciertos ámbitos. Parte de la idea de “subuniversos múltiples de la realidad” que Williams James desarrollara para explicarse la gran pluralidad de nuestra creatividad intelectual y afectiva. Pero se aleja de lo que denomina “el psicologismo de James” y nos habla de “ámbitos finitos de sentido, en cada uno de los cuales ponemos el acento de realidad.”¹⁷

Según Schutz, existen muchos “ámbitos” o “mundos”: “el del sueño”, el de “las imágenes y las fantasías (sobre todo el mundo del arte)”, el de “la experiencia religiosa”, el de “el juego de los niños”, el de “la locura”, el de “la ciencia”, el de “la vida cotidiana” y muchos otros más.

Detengámonos en este último ámbito a modo de ejemplo. Explica Schutz que el mundo de la vida cotidiana es como un “subuniverso” entre otros muchos, se destaca como la realidad eminente o suprema, como la vida autoevidente. Presupone una actitud alerta frente a los sucesos externos, se suspende toda duda sobre la realidad de ese acontecer, se experimenta el propio sí mismo como ejecutante que puede interactuar en sociedad y su acción se desenvuelve en un tiempo personal que se proyecta para él como el tiempo universal del mundo intersubjetivo.¹⁸

El sujeto de la “vida cotidiana” asume que el mundo exterior y sus objetos son como a él se le presentan. No le cabe duda de que los objetos son como se le aparecen.¹⁹ Supone un modo de asociación en el que los sujetos y los objetos son percibidos como evidentes. No son cuestionables. Así, las relaciones que aplicamos a la realidad se confunden fácilmente con la realidad misma. Es frecuente que cuando se afirma en el ámbito de la vida cotidiana que las cosas “son así”, se implique

¹⁷ Alfred Schutz: *El problema de la realidad social*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1974, p. 215.

¹⁸ *Ibid.*, p. 216.

¹⁹ *Ibid.*, p. 214.

que lo dicho no puede negarse. Mi aseveración incluye como “certero” al hecho.

Comprenderemos mejor cómo tiende a conocerse en el mundo de la vida cotidiana cuando nos aproximemos al concepto de sentido común. Bernard Lonergan nos brinda una exposición magistral de lo que él llama “sentido común”, que constituye un modo de conocer presentado de manera abstracta, es decir, aplicable a muchísimas realidades, desarrollado en el contexto de una amplia teoría gnoseológica que nos abre un panorama rico y sugerente desde el que podemos vislumbrar algunos mecanismos relativos al bloqueo de la inteligencia, tanto en el ámbito personal como social, y contemplar procesos de involución que impiden el desarrollo de la comunicación.

Lonergan contrasta el conocer del sentido común con el conocer en el mundo de la ciencia. En el sentido común el sujeto relaciona las cosas consigo mismo y en la ciencia relaciona las cosas entre sí. En el ámbito del sentido común decimos que hace frío o calor; en el ámbito de la ciencia que el termómetro marca 20 grados centígrados. En uno y en otro ámbito el sujeto puede optar por aplicar diversas formas simbólicas.

El ámbito de sentido no es el lugar; sin embargo, con mucha frecuencia se asocia a un lugar. El científico en su laboratorio puede pensar referido al ámbito del sentido común, o al ámbito de la ciencia, o dormir e irse al ámbito del sueño.

El sujeto, además de estar en un ámbito de sentido, al aplicar una forma simbólica tendrá que ubicarse en un contexto de legitimidad. El científico puede estar trabajando en su laboratorio y llegar un vendedor. Le compra un café y le pregunta: “¿está caliente?”. En ese momento se plantea la relación de la cosa con él. No piensa entonces en el promedio de la velocidad con que se mueven las moléculas de ese líquido, ni en la diferencia entre calor y temperatura.

Sería absurdo preguntarle al vendedor por el tipo de aceleración del movimiento molecular en la tasa de café que está comprando. El científico estaría fuera del ámbito de sentido que esa relación requiere y estaría fuera del contexto de legitimidad, es decir, estaría aplicando normas incompatibles, impropias en el contexto.

Pero nuestro científico tiene el discernimiento suficiente para cambiar su lenguaje y durante el minuto de compra, junto con el sentido

común, adopta un contexto de legitimidad diferente al que tenía al realizar sus experimentos. En ese minuto tiene la obligación de pagarle a quien le vende y de asociar las cosas consigo y no a las cosas entre sí. Una vez pagado el café y solo en el laboratorio entra otra vez al ámbito de la ciencia. Allí frecuentemente pensará la existencia más allá del aquí y del ahora de la vida cotidiana. Por ejemplo, cuando dice que $X=2Y$, no está ubicando esos factores en ningún tiempo y espacio específico, no piensa si son chicos o grandes, sólo piensa las relaciones entre los signos de la ecuación, mediados por un lenguaje muy distinto al del sentido común.

La escritura del reportero de noticias se ubica exactamente en el sentido común, su referencia al aquí y el ahora son incuestionables. A partir de eso conforma su discurso como una convención formal, condicionante del modo de experimentar, entender, juzgar y asumir una responsabilidad, igualmente convencional, por los datos presentados en su nota.

La aplicación de una forma simbólica a una realidad determinada, desde un cierto ámbito de sentido, desde cierto contexto de legitimidad y desde un medio específico, constituye un proceso peculiar de enunciación. Por tanto no basta con referir lo que se dice, ni siquiera basta con especificar desde qué forma simbólica se construyó lo dicho. Es importante clarificar el ámbito de sentido desde el que se emitió una determinada interpretación, el contexto de legitimidad y el medio por el que fue transmitido. Esta es una manera de relativizar y contextualizar el sentido.

El concepto ámbito de sentido siempre estará acompañado del concepto contexto de legitimidad, de tal manera que ubiquemos las tendencias normativas en las que se realiza una acción. Ejemplifiquemos un poco:

En el mundo de la vida cotidiana, en el sueño, en el mundo del arte, en el de la ciencia o en cualquier otro ámbito de sentido, se actúa desde ciertos valores y normas peculiares. De tal manera que al referir a un ámbito finito de sentido necesariamente ubicamos uno o varios contextos de legitimidad. Se trata de conceptos complementarios que precisan mejor las reglas circunstanciales desde las que se captará el mensaje.

Todo conocer aplica una o varias formas simbólicas a partir de ciertos ámbitos de sentido y de ciertos contextos de legitimidad, ya que el

ámbito de sentido puede ser muy general, como el sentido común, pero el contexto de legitimidad supone una concretización de las relaciones.

Las formas simbólicas tienen una cierta autonomía. Pueden pasar de un ámbito a otro, son esquemas mediante los cuales tendemos a precisar el sentido y el modo de experimentar, entender, juzgar y asumir determinada responsabilidad. Nuestro percibir, interpretar y expresar estarán basados en estas operaciones.

Sin embargo, las formas simbólicas pueden operar como ámbitos de sentido a partir de los cuales se presentan otras formas simbólicas. Por ejemplo, las fotografías que ilustran una noticia se interpretan a partir de la forma simbólica noticiosa.

Siempre hay un ámbito primordial, integrador, a partir del cual seleccionamos una forma preponderante de operar. Puede ser el ámbito del sentido común, o el del sueño, o el de la experiencia religiosa, o el del juego de los niños, o el que brinda una institución como contexto para hacer vívido y estimulante un sistema simbólico. Y dentro de ese ámbito existen gamas inmensas de matices. Con cada persona y en cada circunstancia, el ámbito puede variar. En cada momento estamos en la posibilidad de tener que modificar nuestra normatividad frente a la variación del ámbito de sentido y del contexto de legitimidad.

Una cualidad como la precisión, la modestia, la solidaridad o cualquier otra, no constituye un bien en sí misma si no se aplica adecuadamente en un ámbito específico de sentido y en su exacto contexto de legitimidad. Y aquella cualidad puede no llegar a constituirse en un verdadero valor personal o social sin el discernimiento adecuado.

Enunciación, las formas simbólicas y la Babel cultural

Cualquier emisión simbólica será interpretada a partir de cierta intencionalidad y cierto juego asociativo. Sin esto no podemos definir un significado, nos diría un relativista no sin cierta razón.

El proceso de enunciación y el enunciado son siempre plurales y sin embargo tienen coherencia en función de diversos factores. Enumeremos algunos de los más importantes según nuestra perspectiva teórica:

- los objetivos personales y sociales,
- los diversos niveles de intencionalidad,
- el tema o los temas,
- la estructura dinámica del conocimiento humano,
- la forma simbólica adoptada como preponderante,
- el empleo de todas las formas simbólicas implicadas en la cadena a la que se hace pertenecer la forma simbólica preponderante (como es la gramática universal y la sintaxis de una lengua específica en el caso del lenguaje),²⁰
 - la estrategia constructiva y creativa del emisor,
 - la estrategia reconstructiva y creativa del receptor,
 - los ámbito de sentido,
 - los contextos de legitimidad,
 - los ritmos y sus proyecciones en la vida psíquica, social y en la naturaleza.

Por ejemplo, un cuadro famoso que representa un paisaje y se vende en 20 millones, ¿desde qué temática lo vamos a considerar? ¿Desde qué objetivos personales y sociales? ¿Desde qué ámbito de sentido? ¿Desde qué contexto de legitimidad? ¿Desde qué forma simbólica preponderante? ¿Desde qué ritmos? En fin..., ¿desde qué complejidad integrada?

El significado del cuadro no pertenece a lo observable. Tendríamos que aclarar en qué dominio contemplamos el cuadro. Y mientras no pongamos en claro a partir de qué dimensiones lo consideramos, no podremos especificar qué significa.

Podemos preguntarle al vendedor: *¿qué significa para ti el cuadro?* Y él responderá lacónico: *20 millones.*

Un sujeto en particular ha definido un significado de manera relativamente unívoca: a partir de la cual podemos entendernos operativamente. Sin embargo, esta precisión no agota el significado porque la realidad simbólica parte de una pluralidad de intencionalidades incompatibles.

²⁰ Cuando, por ejemplo, el mensaje a interpretar es parte de una novela, hay elementos que nos ayudan a interpretarla en la gramática universal, en la sintaxis de la lengua que usa el autor, en el lenguaje escrito en general, en el sistema simbólico novelado, en la corriente novelística a la que se suscribe el autor. Todos estos sistemas simbólicos nos aportan formas de coherencia que podemos captar en el texto concreto.

En esta condición histórica, el cuadro, visto como “enunciado”, no es suficiente para poder definir un significado unívoco, sino que estamos ante una gran cantidad de significados posibles.

Sin embargo, cuando se define un significado, por arbitrario que sea el modo de hacerlo, se tiende a integrar la cultura. Es decir, se tiende a definir el sentido en el que opera un conjunto de cadenas de formas simbólicas. Es en el acto de enunciación que se traman las correlaciones para orientar los procesos culturales.

Cada forma simbólica es un modelo de correlaciones y por lo mismo es importante ver su sistema de operaciones mediante sistemas simbólicos, a fin de entender cómo tiende a definirse a partir de ella, no sólo cierto tipo de mensajes, sino la cultura como un todo. Un todo en el que emergen condiciones históricas y se hace posible el surgimiento de una forma simbólica, y que esa forma simbólica tenga un fuerte impacto en la integración de la organización simbólica de la sociedad y, con ello, de los procesos de articulación y cooperación.

Podemos prever cómo se tienden a definir ciertos modelos de integración cultural si:

a) entendemos cómo se definen los ámbitos de sentido y los contextos de legitimidad en los que se tienden a aplicar ciertas formas simbólicas,

b) estimamos sus frecuencias, al caracterizar los sujetos sociales que tienden a reunirse en dichos ámbitos y, sobre todo,

c) si hacemos explícitos los cuatro niveles de intencionalidad en los que operen dichas formas simbólicas.

En cualquier expresión nuestra hay pluralidad. Al decir una oración no sólo presentamos un orden sintáctico, también gestos, timbres, acentos pronunciados con distintas intensidades, tonos. Cada una de esas dimensiones simbólicas es como una nueva realidad interdeterminante de la enunciación que remite a nuevos significados posibles. Muchos de estos significados se captan simultáneamente al recibir el mensaje; algunos consciente y otros inconscientemente.

Por ejemplo, Janet Pirrehumbert y Julia Hirschberg muestran que la intensidad del acento marca cuál será la asociación de cada entidad léxica. Señalan que en inglés existen seis tipos diferentes de intensidad

en el acento, dos tonos simples (alto y bajo) y cuatro tonos complejos.²¹ Las autoras consideran una amplia problemática, como los contextos en los que se define la fuerza significativa de la intensidad del tono y otros muchos factores. Este no es más que un esbozo de la complejidad significativa del discurso hablado.

Nos encontramos ante diversas formas simbólicas que se interterminan en el lenguaje hablado. Sugieren las autoras que el significado del tono está compuesto por tres tipos de tonalidades dadas por la “intensidad de los acentos”, “la frase de los acentos” y “el contexto de los tonos”, lo cual se extiende a tres diferentes dominios de interpretación.²²

La forma simbólica del tono se articula a la forma simbólica fonética, a la forma simbólica sintáctica y a otras formas simbólicas que nos refieren edad, sexo, región del hablante. Y es posible que algunas de estas múltiples formas simbólicas se apliquen con intencionalidades distintas y contradictorias.

También es posible que la aplicación de una misma forma simbólica nos oriente a significados diversos ya que, por ejemplo, en la construcción sintáctica, los varios niveles de las estructuras profundas frecuentemente connotan significados distintos y hasta contradictorios.

Lo grave aquí es que los campos de la intencionalidad no sólo son múltiples, sino que en ellos hay intenciones contradictorias y éstas se plasman también en gestos y un sin fin de rasgos significantes que se correlacionan para simbolizar.

La coherencia sintáctica con la que aparentemente expresamos el significado sólo es un factor, entre muchos otros, con el que no podemos definir el significado, sino sólo jugar a que lo hubiéramos definido, como hacen el abogado o el notario.

No tenemos gramáticas explícitas y formalizadas para captar el significado de cada oración o de cada cuadro, o de cada material simbólico que nos llegue a través del oído, la vista, el olfato, el gusto o el tacto. La emisión de cierto timbre de voz, por ejemplo, es material y analizable, es un factor que modifica el significado del enunciado.

²¹ Ver Janet Pierrehumbert and Julia Hirschberg: “The meaning of intonational contours in the interpretation of discourse”, en el libro *Intentions in communication*, editado por Philip R. Cohen, Jerry Morgan y Martha E. Pollack, The MIT Press, Cambridge, Mass., 1990, p. 275.

²² *Ibid.*, p. 288.

La lingüística nos ha dotado de riquísimas perspectivas teóricas. No todas las ramas de la semiótica nos han aportando tantos métodos y gramáticas como la lingüística. Sin embargo, no contamos con un acervo de elementos teórico-metodológicos que nos permitan definir el significado de cada oración a partir de cualquier género de enunciados verbales y de sus múltiples elementos significativos interdeterminantes, como son el tono, el timbre, el volumen, el tipo de voz, el estado de ánimo, etcétera.

Se ha especulado e investigado qué órdenes simbólicos definen con más fuerza el significado profundo de un enunciado específico. Albet Mehrabian ha estimado que, en una "comunicación" interpersonal, con las palabras y su organización gramatical se definen en 7%; que la tonalidad con la que se emite lo define en 38% y que la actitud no verbal define el significado en 55%.²³

Si esto fuera cierto, significaría que nuestra ciencia lingüística nos ha brindado modelos para investigar la definición de una pequeña parte del 7% del significado en las "comunicaciones" interpersonales.

Puede estudiarse aisladamente una forma simbólica, contemplarla de manera abstracta y tratar de fijar su sistema de operaciones en un sistema simbólico, pero si pretendemos comprender el sentido de un discurso construido mediante la aplicación de un sistema simbólico tenemos que ubicarlo en un campo intencional, en un ámbito de sentido y un contexto de legitimidad en los cuales tenga verosimilitud. Entonces veremos cómo se define una finalidad y un modelo asociativo, mediante el cual se establece un modo de experimentar, entender, reflexionar y definir una intencionalidad.

La emisión simbólica puede interpretarse de un modo aquí y de otro modo allá, de una manera hoy y de otra mañana. El sentido no puede interpretarse de una vez por todas. Los modos de interpretar siempre son transformables pero pueden constituirse en estructuras conformadoras de la organización social.

En este mundo histórico que conocemos, la diversidad de campos de intencionalidad no sólo es causa de la creación de múltiples formas simbólicas, sino también de ámbitos del sentido. En ellos la definición del sentido del enunciado no puede asumirse de la misma manera. El ser humano de hoy ha ido divorciando cada vez más sus ámbitos de sen-

²³ Alberti Mehrabian: *Síven Messages*, published by Wadsworth, England, 1971.

tido. El ámbito de la ciencia positiva se separa claramente del ámbito de la vida religiosa, del juego de los niños, del sueño, del sentido común, etc. Estos divorcios hacen que las formas simbólicas no sean aceptadas por igual en todas las esferas de la vida social. En la vida social de este tiempo, los ámbitos se multiplican y no se tiene legitimidad para entrar en uno u otro a voluntad. La sociedad se llena de compartimentos estancos y de segregaciones que se expresan con múltiples significantes frecuentemente contradictorios

El sujeto entonces aplica ciertas formas simbólicas a unos ámbitos y no a otros, y aun dentro de un mismo ámbito toda presunción o definición del sentido se inserta en un campo polémico de la cultura. Se le contraponen otras tendencias teóricas y prácticas. En este enfrentamiento se tienden a redefinir constantemente las formas simbólicas históricas que interpretan la realidad desde diversas intencionalidades.

Cada forma simbólica prolonga históricamente cada intencionalidad y se convierte en dirección cultural. La forma simbólica se hace un modo más o menos poderoso de construir el sentido de diversos grupos humanos en ciertos ámbitos de sentido. Desde esos ámbitos se discute la preponderancia de las ideas y la dirección de la vida práctica. La forma simbólica histórica no vale por sí misma, sino en tanto posición estratégica en el debate por el sentido.

Aislar las formas simbólicas y crear sistemas simbólicos sólo es un artilugio de la imaginación sociológica para comprender de manera aislada, analítica, un modo de orientar las prácticas de los sujetos. Y así, más tarde, aventurar hipótesis que nos permitan tender a explicar el enfrentamiento y las extrañas arenas históricas donde se concitan las diversas tendencias humanas.

Las formas simbólicas históricas son fórmulas mediante las cuales se le da sentido a las relaciones, y tal sentido se adopta convencionalmente. Son síntesis que guían el análisis. No son la relación social, sino formas convencionales que sirven para interpretarla al incorporarla en un sistema hermenéutico.

A partir de estas formas se desarrolla el gran debate. Con frecuencia quienes aplican una forma simbólica generalmente pretenden presentar su simbología como la realidad misma y definir el sentido de las relaciones humanas según ciertos intereses. Pero no podemos tomar en serio estas pretensiones.

Por otra parte, el sujeto no sólo aprende a usar formas simbólicas, también las tiende a crear y modificar. La forma simbólica se aplica siempre por un sujeto, pero está basado a la vez en patrones universales y en patrones histórico-sociales a partir de los cuales aplica su creatividad, aplica su intencionalidad al discurso.

Si el sujeto adopta una intencionalidad coherente, sin contradicciones, tiende a unificar el sentido de la multiplicidad de dimensiones simbólicas que utiliza, va transformado sus patrones simbólicos.

Aunque es importante desarrollar el instrumental para explicarnos cómo se construye el significado de cada oración, no es éste el problema fundamental de la semiología y mucho menos de las ciencias sociales en general. El problema clave es la definición del sentido y de la unificación de la pluralidad de las formas simbólicas.

¿Cómo es posible unificar el sentido?

Es normal hoy que las múltiples formas simbólicas conjugadas en la expresión sean contradictorias porque los sujetos asumen intencionalidades contrapuestas. La única manera de llegar a expresarse armónicamente es hacer claros mis fines ante mí y ante los otros y no expresarme según formas simbólicas que impliquen fines que me son ajenos. Cuando el único deseo es el bien de la colectividad que me incluye, el bien en todas sus formas, entonces la intencionalidad tiende a la coherencia.

“Las manifestaciones expresivas, dice Habermas, sólo pueden enjuiciarse por su veracidad.”²⁴

Y es que cuando captamos veracidad en la vida real podemos aceptar la racionalidad de ese actuar. La racionalidad de un sujeto moralmente lúcido y digno de confianza en asuntos práctico morales, cognitivos y práctico-estéticos.²⁵

De pronto podemos tener la certidumbre de que este sujeto no me está mintiendo. Descubrimos múltiples referencias simbólicas en él que simbolizan veracidad.

Hallar esta coherencia es como toparse de pronto con aquello que

²⁴ Jürgen Habermas: *Teoría de la acción comunicativa*, p. 41.

²⁵ *Ibid.*

Toulmin identifica con “el punto de vista imparcial de todo juicio racional”, punto de vista que Toulmin, como el Hegel de la *Fenomenología del espíritu*, “no quieren presuponer arbitrariamente, sino que habría que obtenerlo a partir de una apropiación comprensiva de la empresa colectiva racional de la especie humana”.²⁶

Es como perseguir el ideal de todos y no doblegarse ante los intereses egoístas de nadie, de ninguna sociedad, de ningún ser humano; buscar la soberanía del ser, pero no la autarquía sino la comunidad, la familia, el bien personal y colectivo. Se trata del radicalismo de la imparcialidad.

Aquí estamos planteando la utopía suprema. Habermas es más precavido. El quisiera llegar allá, pero no parte de presentar el paraíso, el lugar de la comunicación verdadera, sino de descubrir las tendencias que nos llevarían allá.

Para él las pretensiones de verdad de una proposición o de una acción realizada con rectitud en el seno de una sociedad tienden a certificar la validez de una integración comunitaria. Esa rectitud hace honor a un contexto normativo y refrenda su legitimidad. Esto presupone un mundo intersubjetivo que comparten los miembros de esa sociedad. Y ellos serán partidarios de sus modos colectivos de ver y reglamentar en la trama cultural a la que pertenecen.

Pero de allí Habermas no puede pasar a la validez universal, sin embargo, piensa que “sólo la verdad de las proposiciones, la rectitud de las normas morales y la inteligibilidad o correcta formación de las expresiones simbólicas son, por su propio sentido, pretensiones universales de validez que pueden someterse a examen en discursos”.²⁷

Es decir, Habermas parte de una cierta proyección heurística, donde se cuestiona qué es la verdad y cómo llegar a ella. Señala que en el contexto de la verdad tendría que haber rectitud moral, claridad intelectual, imparcialidad. Nosotros asumimos esa proyección heurística, pero la describimos como una utopía y la contrastamos con algunas producciones simbólicas de hoy para tener perspectiva crítica.

²⁶ *Ibid.*, p. 58.

NOTA: Según Habermas, mientras Toulmin no aclare los preceptos y procedimientos comunicativos generales de la búsqueda de la verdad, tampoco podrá dilucidar en términos de pragmática formal qué significa adoptar como participante en una argumentación, una postura imparcial. *Ibid.*, p. 59.

²⁷ *Ibid.*, p. 69.